

siguiendo á pie al arzobispo de Maguncia y sus dignatarios sobre el camino del Gólgota, dió lugar, según dicen las crónicas, á admirables demostraciones de fe, pero también á escenas de matanza y de rapiña: ni una tercera parte de los peregrinos volvió á su patria¹. De ese modo el cuidado de la venganza se aumentaba incesantemente entre los cristianos: cada viajero que volvía del Santo Sepulcro predicaba su reconquista cerca de los suyos. Dos generaciones antes de que se llevase á cabo la Gran Cruzada se preparaban á ella las imaginaciones; de ella se hablaba en todas las asambleas eclesiásticas y en las cortes baroniales; debía hacerse porque se quería hacía mucho tiempo. Por otra parte las novelas y las leyendas, confundiendo las edades, colocaban ya en el pasado esa gran obra que los caballeros cristianos deseaban realizar. Así Carlomagno, habiendo concentrado en sí todas las glorias humanas, debía haber realizado también todas las ambiciones transformando todo ideal en victoria. Puesto que los cristianos sufrían la humillación profunda de ver la tumba de su Dios en poder de los Sarracenos, no necesitaba más el recitador de las leyendas para que atribuyera al gran rey el rescate del Santo Sepulcro. La cruzada predicada no tenía más que seguir sus huellas.

Sin duda el papa y el emperador, que se disputaban entonces el dominio de la Europa occidental, hubiesen preferido continuar directamente su lucha á lanzarse á las aventuras de una guerra lejana en países desconocidos, soltando la presa por coger la imagen de ella; pero la opinión pública — existente ya en aquella época — era demasiado poderosa para que fuese posible resistirla. Por otra parte, el papa tenía derecho á esperar que la ayuda aportada á los cristianos del mundo bizantino podría tener por consecuencia la unión de la Iglesia cismática á la suya, quedando en lo sucesivo como la única verdadera: tal había sido la política de Gregorio VII; hasta se había preparado para el viaje de Constantinopla, donde pensaba conducir en persona un ejército de socorro contra el Islam, pero estipulando bien sus condiciones de rescate de las conciencias².

¹ Leopold von Ranke, *Weltgeschichte*, achter Theil.
² *Ibid.*, p. 69.

No hay duda que la fe cristiana tuvo, como se asegura, una parte considerable en el movimiento que lanzó las bandas del Occidente sobre Palestina: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!» exclamaban las multitudes en el delirio momentáneo que se apoderó de ellas á la voz de los oradores; mas por poderosa que pudiera ser la fe religiosa de los individuos, frecuentemente arrastrados por ella hasta la locura, esa misma fe permaneció siempre inferior á los intereses económicos inmediatos en las preocupaciones ordinarias de un pueblo: el alimento, la vida material de cada día son el cuidado dominante. Para impulsar un movimiento de tan poderosa intensidad como lo fueron las cruzadas, era preciso un móvil que obrase sobre las naciones en todo el espesor de las clases; gentes del campo y de las ciudades, sacerdotes y señores, y que poseyera bastante fuerza inicial para que el espíritu de imitación y la locura contagiosa de todos los grandes remolinos humanos pudiesen entretenerle mucho tiempo.

Este móvil era en realidad la desesperación: las naciones eran tan desgraciadas, que se les imponía el deseo del cambio. El estado continuo de la Europa feudal, sacudido siempre por las guerras y las discordias, era tan deplorablemente incierto, ó más bien tan constantemente impregnado de desgracias inevitables, asaltos y derrotas, hambres y pestes, incendios y matanzas, que todo, hasta lo imposible, parecía preferible á lo presente. Únicamente la esperanza de lo mejor podía arrojar á los desgraciados fuera del terruño natal hacia países de tal modo lejanos que su distancia parecía incalculable y cuya dirección por tierra ó por mar estaba más ó menos vagamente indicada por peregrinos ó mercaderes que se referían á los astros del cielo. Unas leyendas análogas á las que en tiempos pasados habían determinado la invasión de los bárbaros en las Galias y en todos los países mediterráneos hasta en Africa, contaban maravillas de todas esas comarcas del Oriente. Se sabía que las «Indias», la lejana región del Sol Levante, era el lugar de procedencia de los rubíes, de los diamantes y del oro, y no se ignoraba que Constantinopla debía sus riquezas al poco tráfico que lograba pasar entre las hordas de los invasores mahometanos del Asia anterior. Imaginábase también cándidamente que sería fá-

cil despejar todas las vías de acceso que conducen hacia esos países afortunados, cuyos caminos habían cerrado los odiados Sarracenos. Cada uno tenía su ambición que satisfacer: el fraile llegaría á ser apóstol, obispo ó patriarca; el señor «sin haber», como lo era el famoso Gauthier, uno de los jefes de la primera cruzada, comenzaría por ser jefe de banda y después se elevaría al rango de general de ejército; el caballero no podría menos de apropiarse un gran feudo, y el simple soldadote, el escudero, contaba por lo menos con un fructuoso pillaje; todo eso bien valía la pena de arriesgar la vida, mucho más si se considera que igual riesgo se corría permaneciendo en Europa luchando con los malandrines de toda clase y de todo país. Así se lanzaron locamente las gentes á correr las aventuras.

Además algunos de los apóstoles de las cruzadas no temieron hacer un llamamiento directo á móviles más verdaderos, á aquellos que suelen velarse bajo elegantes discursos: Urbano II, dirigiéndose á los cristianos de Clermont, en 1095, les habló un lenguaje absolutamente idéntico al de un economista actual, que hablara á sus electores de colonización ó de nuevos mercados: «La tierra que habitáis, cerrada por todas partes por mares y montañas, es estrecha para vuestra demasiada población; está desprovista de riquezas y apenas suministra el alimento á los que la cultivan. A causa de ello os destrozáis, lucháis y os matáis unos á otros. Aplacad vuestros odios y tomad el camino del Santo Sepulcro». Como se ve, según el mismo vicario de Jesucristo, ¡la tumba del Salvador no podía ser rescatada sino por la alianza de Dios y Mammon! Y el emperador de Bizancio, Alejo Comneno, escribiendo á los barones de Occidente, les dijo con tanto cinismo como Bonaparte dirigiéndose al ejército de Italia: «Si tantos males, si su amor por los santos apóstoles no sublevar á los cristianos, tiéntese al menos su avaricia por el oro y la plata retenidos en abundancia por los infieles, hágaseles pensar en la belleza de las mujeres griegas»¹. Además la seguridad de la salvación prometida por los sacerdotes debía contribuir algo hasta en aquellos que creían á medias: el papa proclamaba el perdón de sus pecados á todo el que tomase la cruz, y el viaje armado asegu-

¹ Fray Robert; Guilbert de Nogent, *Hist. Hieros.*, citados por Raoul Rosières, obra citada, ps. 240, 241.

raba la gloria. ¿No era admirable expiar todos los crímenes anteriores de violencia y de muerte, dándose el placer de cometer otros nuevos, pero esta vez contra los Musulmanes?

Mucho antes de que las cruzadas hubiesen comenzado oficialmente, estaban ya en plena realización. Sería justo decir que el movimiento duró setecientos ú ochocientos años, desde el choque de Carlos Martel con los moros en el Poitou y la Septimania hasta las expediciones de Carlos V á las costas Berberiscas. Las guerras continuas de los Españoles del Norte contra los Arabes del Sud constituían solamente la parte occidental del gran conflicto; allí, el contacto inmediato de los beligerantes entretenía incesantemente la batalla, mientras que, más al Este, de un extremo al otro del Mediterráneo, los choques exigían largos preparativos y daban lugar á más extensas matanzas, y los anales, enumerando todas las expediciones pequeñas y grandes, demuestran que hubo más de seis ú ocho cruzadas¹. Una necesidad de clasificación ordenada ha inclinado á los historiadores á no describir sino las más importantes de esas expediciones para no perderse en la confusión de los detalles; pero en toda ocasión se formaban bandas más ó menos fuertes, grupos de peregrinos armados ó de bandidos aislados que se dirigían constantemente á Tierra Santa, engrosando los ejércitos, reemplazando las bajas ó desapareciendo en el camino.

Antes de conquistar la Palestina, el primer acto debía consistir en despejar el Mediterráneo, que pertenecía por completo á los Arabes. Ya, al principio del siglo XI, en 1015 y 1016, las flotas de Pisa y de Génova se apoderaron de Cerdeña, que Mogehid, el señor de Denia, en la costa de Valencia, había unido á su principado. Las Baleares, que pertenecían al mismo príncipe árabe de España, no cayeron en poder de las repúblicas italianas hasta el transcurso del siglo siguiente; pero ya la gran isla que ocupa el centro mismo del mar Interior, Sicilia, había sido tomada por los Normandos. Estos, de piratas, habían llegado á ser príncipes y reyes, y en tanto que Roberto Guiscard, hijo de Tancredo, se apoderaba de las provincias meridionales de Italia, su hermano Roger atrave-

¹ Raoul Rosières, *Recherches critiques sur l'Histoire religieuse de la France*, p. 239.

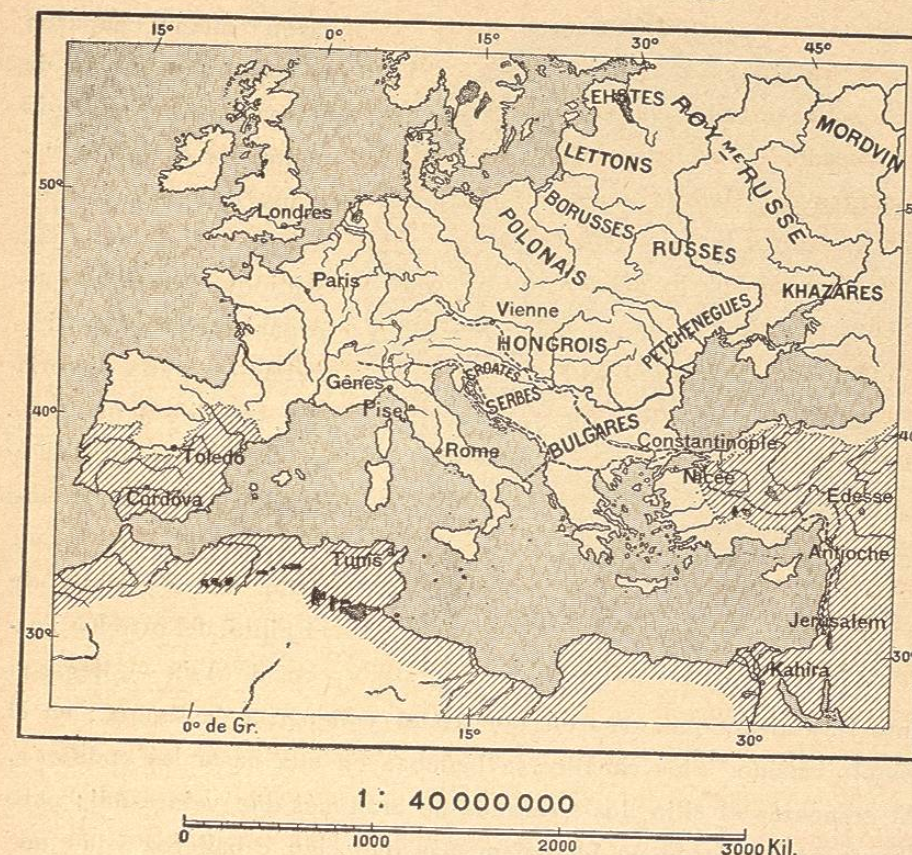
saba el estrecho de Mesina, arrastrando sus caballos á nado detrás de los barcos. Sicilia estaba entonces dividida en pequeños principados, y el jefe normando mandó atacar á Palermo, con la ayuda de una flotilla pisana, sin necesidad de combatir todos los ocupantes sarracenos (1072). Sucesivamente redujo las diversas partes de la isla, y, en 1091, algunos años antes de la gran cruzada hacia la Palestina, escalaba la última fortaleza, el Kasr-Yan ó Castro Giovanni, la antigua Enna, el «ombigo de la Trinacria», el lugar sagrado sobre el cual se elevaba antiguamente el altar de Ceres. Los «Cruzados» poseían así para sus empresas un punto de apoyo en el centro del Mediterráneo.

Sin embargo, la iniciativa del ataque directo contra los profanadores de la tumba venerada no vino de los Normandos: partió principalmente de Francia, donde había hallado eco la palabra del papa. En un principio fué un arranque furioso, desordenado, caótico: las multitudes corrían, nobles, menestrales, sirvientes y yagabundos, dirigiéndose hacia el país del Sol Levante y recogiendo otras multitudes en el camino. La invasión gala comenzaba de nuevo hacia el Oriente, pero sin duda más incoherente que lo había sido la de los Volces Tectosagos catorce siglos antes. Todo ello se movía como una inundación de cieno, cubriendo con su lodo toda la región atravesada. Después de aquella barahunda que se consumió de matanza en matanza y de epidemia en epidemia en la travesía de Hungría y de Bulgaria y últimamente en los primeros choques sobre el suelo del Asia Menor, venían los grandes ejércitos que mandaban los caballeros más famosos de la cristiandad y que se componían principalmente de Franceses, de Normandos, de Loreneses y de gentes de las Ardenas y de los Países Bajos. Godofredo de Bouillon, llamado Otto von Freysingen, fué puesto á la cabeza de los Cruzados porque conocía igualmente el lenguaje de los pueblos románicos y el de los Teutones. Siguió el camino de la Europa central, mientras que Raimundo de Tolosa pasó por la Italia del Norte y Dalmacia y los Italianos tomaban el camino del mar hacia Constantinopla, punto común de cita. Desde allí había que abrirse paso á viva fuerza combatiendo con los Turcos que ocupaban las ciudades y los pasos del Asia Menor y de Siria; de los setecientos mil hombres que partieron

apenas quedaba la mitad: según Gibbon, trescientos mil Cruzados perecieron antes que se arrancara una sola ciudad á los Musulmanes.

No obstante, ese poderoso ejército no hubiera bastado para alcanzar su objeto si no hubiera adquirido el favor de sus huéspedes,

N.º 311. Caminos seguidos por la Primera Cruzada.



Los territorios rayados son aquellos en que dominaban los Musulmanes en la época de la primera cruzada. El camino seguido por Godofredo de Bouillon á lo largo del Danubio, el de Raimundo por Lombardia y el de Tancredo por el estrecho de Tarento, están indicados por trazos discontinuos.

los Bizantinos: los barones cruzados, á quienes los Seldjucidas cerraban el camino delante de Nicea, no pudiendo pasarse sin el apoyo de los Griegos para su abastecimiento, hubieron de rendir homenaje, bien á pesar suyo, al emperador Alejo como á su señor, y prometer solemnemente devolverle todas las plazas que conquistasen y habían ya formado parte del imperio de Oriente. Prometieron

sabiendo de antemano que el legado del papa, que les acompañaba, les relevaría en caso necesario de su juramento. Entonces comenzó la verdadera campaña: tomaron Nicea; después, en una gran batalla, derrotaron á los Musulmanes en el interior de la península, franquearon las Puertas Cilicias, llamadas por ellos las «Puertas de



COMBATE DE LOS CRUZADOS Y DE LOS SARRACENOS
(Vidriera de Saint-Denis)

Judas», que con tanta razón temían¹; ocuparon la importante ciudad de Edesa, que les protegió contra los enemigos venidos de ultra el Eufrates, encerrándose en Antioquía, de donde escaparon con gran dificultad por una victoria que pareció un milagro, y, finalmente, gracias á las disensiones de los Musulmanes — de un lado los Fatimitas de Egipto, del otro los Turcos de Asia —, llegaron

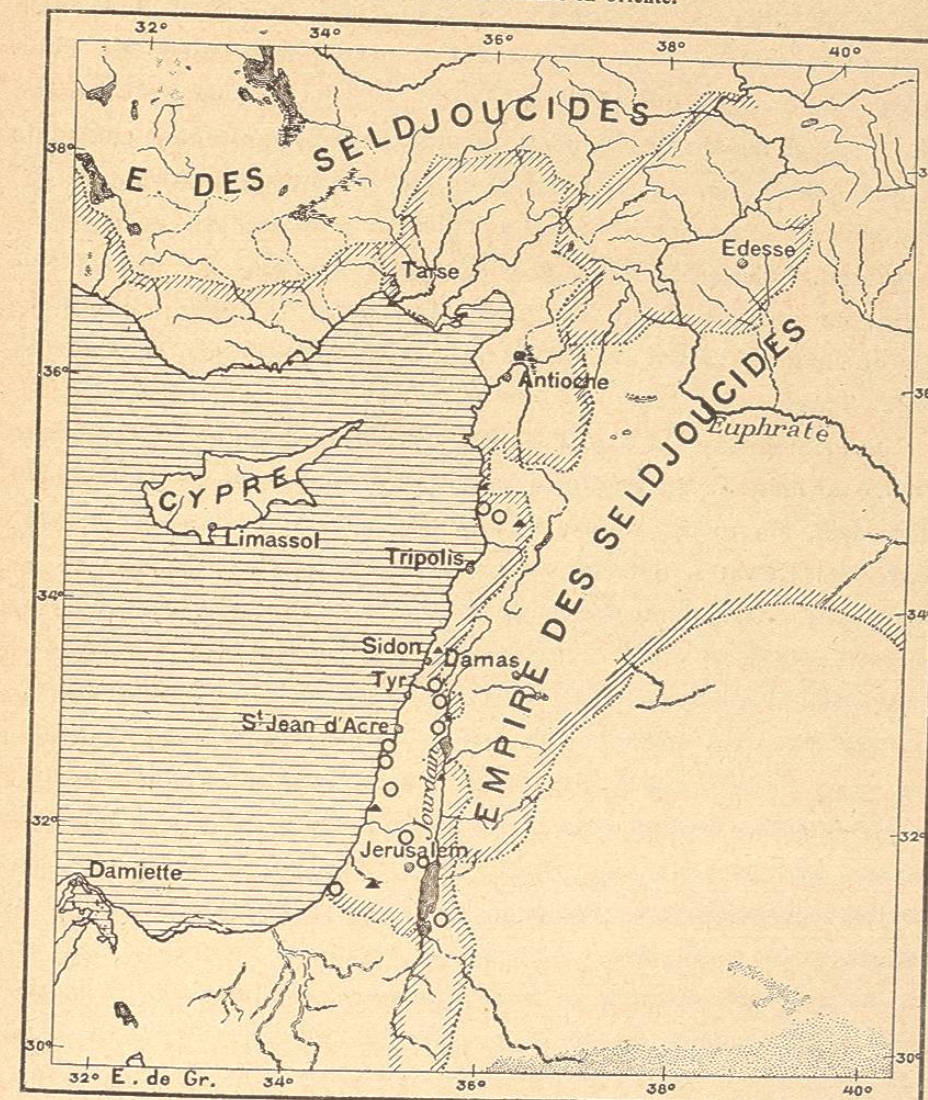
ante Jerusalem, que tomaron por asalto y llenaron de sangre; en el templo mismo, «los caballos se bañaban en ella hasta las rodillas». Al comenzar el sitio, los Cruzados no eran más que veinte mil; pero pronto no quedaron en Jerusalem más que cien caballeros y un millar de infantes. El ejército se había fundido, y el Santo Sepulcro sólo se unía á la cristiandad por un hilo bien fácil de romper.

Todo estaba perdido si los intereses del comercio no hubieran apoyado á los de la fe; pero las flotas de Génova y de Pisa se habían preparado en vista del transporte y del abastecimiento de los caballeros y de los peregrinos, y, gracias á esas flotas que dominaban el litoral, Baudouin, sucesor de su hermano Godofredo, pudo conservar Jerusalem y después conquistar la mitad de las ciudades

¹ W. M. Ramsay, *Geographical Journal*, Octubre 1903.

del litoral, entre otras San Juan de Acre y Trípolis de Siria. Esta última ciudad poseía una biblioteca admirable, probablemente la mejor

N.º 312. Reinos cristianos en Oriente.



▲ Establecimientos de los Hospitalarios. ○ Establecimientos de los Templarios.

1: 7 500 000

0 100 200 400 Kil.

La costa de Asia Menor, al norte de Chipre, formaba parte del imperio de Oriente.

que existiera aún en el mundo: los bárbaros de Occidente, fieles á las tradiciones cristianas, no podían dejar de entregarla á las llamas;